

La condesa acompañó a Leocadia hasta la escalera :
volvió a abrazarla y le dijo dulcemente :

— ¡ Adiós, querida ! Hasta la vista... y véte en paz.

¿ Estas últimas palabras significaban que la señora había a lo menos entrevisto la terrible angustia que había pesado sobre aquella alma inocente ? ¡ Tal vez !

De vuelta a su casa, Leocadia tenía que pasar por delante de una capillita donde la piedad de los vecinos del barrio veneraba un antiguo y milagroso crucifijo, que contaba muchos siglos de existencia. Arrodillóse devotamente, y del fondo de su alma dio gracias a Dios y a la Virgen su patrona, que casi milagrosamente la había librado de un dolor infinito, librando a su padre de una infinita vergüenza.

AL PRIMER VIATICO EN AEROPLANO

(Al Ilustrísimo señor Obispo de Pasto como testimonio de filial cariño)

Es una tarde plácida ; serena
Se desgrana la tarde en occidente,
Mientras que tinta en sangre, en el poniente
El sol desparramaba su melena.

La noche se avecina : hondo mutismo
Desciende mansamente de la altura,
Y llena el mar, el monte y la llanura
Difundiéndose luego en el abismo.

Del Sahara el desierto, mar de arena,
A lo lejos sus olas extendía,
Cual una inmensa, plácida bahía
Donde dejara el sol manchas de siena.

Y allá lejos, oculta por la bruma,
Que el limpio espejo por doquier empaña,
Hírguese altiva tolda de campaña
Cual níveo copo de ligera espuma.

Vibra el éter de pronto, y rauda avanza
Por la tranquila soledad del cielo
Una ave mensajera de consuelo,
Portadora de célica esperanza.

Es un ligero monoplane. Llega
Cual de Noé la bíblica paloma,
Y cuando el sol rendido se desploma
Sus blancas alas temblorosas pliega.

La luz se va esfumando en el poniente
Entre las sombras de la noche umbría ;
¿ Pero qué importa si ha encendido el día
Un nuevo sol venido del oriente ?

Jesucristo está allí, Hostia sagrada
Viene como alimento del viandante,
Que exangüe lo reclama agonizante
Para emprender la postrimer jornada.

Y llega hasta la tolda del soldado
Como llega la luz a la espesura,
Y el consuelo a la humana desventura,
Y Jesús a las puertas del amado.

Después... el monoplane está tendido
Del solitario Sahara sobre el suelo ;
Mas en divino monoplane al cielo
Voló ya libre el alma del soldado.

JORGE ARTURO DELGADO
Presbítero

Pasto, diciembre 25 de 1912.